

Autoridad en la tarima

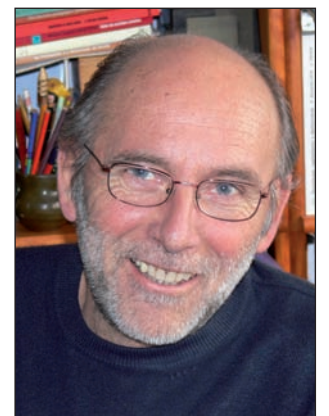
Leo en la prensa del miércoles 17 de septiembre que “los docentes de Madrid darán clase en tarimas para tener más autoridad”. ¿Cómo es posible? ¿Qué miope y reaccionario concepto de autoridad tienen los gobernantes de esa Comunidad? Al llegar a la Facultad comento la noticia con mis colegas y me informan de que hay alguna organización sindical que ve con buenos ojos la medida. Y alguien que debe tener más entrenamiento en la mirada sociológica añade que debe haber una considerable masa social que aplaudirá esa propuesta legislativa. Dice la noticia, además, que la presidenta de la Comunidad elevará el estatus jurídico del maestro al de “autoridad pública”, al igual que un policía o un juez, de modo que gozarán de “presunción de veracidad”, es decir, que “su palabra tendrá prevalencia sobre la de los chavales”. Al sumergirme un poco más en el tratamiento mediático de la noticia me doy cuenta de que el circo está montado; unos que bien, otros que mal, y otros que aprovechan lo del Pisuerga par dar caña: al maestro, a los padres. No hay análisis ni respuestas estructurales, ciertamente, que la época no está para esas seriedades analíticas. Se citan los informes, y las estadísticas y, como casi siempre, “en España estamos peor”. ¿Qué nos está pasando?

No me puedo creer que nadie en su sano juicio pedagógico pueda pensar que a un maestro o a una maestra sus alumnos le van a otorgar un mayor reconocimiento y estima porque se suba un escaloncito. En la práctica escolar y en la reflexión pedagógica el concepto de autoridad refiere a una relación de reconocimiento, horizontalidad y apoyo mutuo. Se confiere autoridad a alguien que desde su saber y experiencia nos ayuda en nuestro desarrollo personal y en el crecimiento de nuestra autonomía plena. Tiene autoridad el maestro o la maestra que construye una relación de confianza, facilita el acercamiento personal y abre posibilidades a la comprensión del mundo y de uno mismo en el mundo. Y en esa hermosa relación de autoridad, por cierto, el maestro se educa profesionalmente y crece como persona. Como pueden ustedes imaginar, eso no depende de estar subido a una tarima; es más, la tarima lo dificulta, porque simbólicamente nos aleja -a los docentes- del alumnado. Pero, además, esa medida, tranquilamente anunciada a los medios, es un provocador desprecio hacia un largo y esforzado proceso de renovación pedagógica por el que poco a poco, día a día, muchos maestros y maestras han ido dignificando la escuela pública que tan maltrecha nos dejó la dictadura.

Aunque quizá se trate de eso, de un regreso, de una vuelta a un modelo escolar autoritario en el que la voz de mando no podía ser discutida. Un modelo jerárquico y antidemocrático en el que el alumno obedecía sin rechistar al maestro, el maestro al director, el director al inspector, el inspector, que sé yo, al Jefe Local del Movimiento. Quizá estén pensando el volver también al castigo físico, a los brazos en cruz. Siempre ha habido comportamientos de indisciplina en las aulas y en ocasiones se producen en algunos colegios situaciones conflictivas y transgresiones violentas. Son hechos preocupantes,

“En la práctica escolar y en la reflexión pedagógica el concepto de autoridad refiere a una relación de reconocimiento”

ciertamente, que exigen un modo de diálogo, análisis y reflexión que conduzca a revisar y modificar muchas de las cosas que hacemos en las escuelas. Pero no para volver a propuestas obsoletas. Los maestros que crean que subiéndose a una tarima van a ser más escuchados han perdido la memoria. Todos y todas sabemos muy bien que el clima de atención y respeto que pudimos vivir



JAUME MARTÍNEZ BONAFÉ
Profesor de Didáctica.
Universidad de Valencia

en el aula con nuestros maestros dependía en mucho de su capacidad para aproximarse con inteligencia y afecto a las particulares biografías, experiencias y deseos que, junto a la cartera con los libros de texto, metíamos en el aula cada uno de nosotros.

No me resisto a contarles una secuencia de una hermosa película, *L'école buissonnière*, realizada en 1948, en la que se escenifica la vida de Célestin Freinet. El maestro llega a un pueblecito de montaña y, al anunciarse los fríos del invierno, reclama al alcalde presupuesto para la leña de la estufa. Como los dineros públicos no llegaban y el frío era intenso, un día el maestro decide, en asamblea con los alumnos, hacer añicos la tarima del aula y alimentar con ella la estufa. Pues me parece una sugerente y acertada metáfora.

Un curso comprometido

Comienza un nuevo curso... comprometido. ¿Y por qué un curso comprometido? Porque lo son todos en educación. Los que trabajamos en la enseñanza no podemos hablar de un curso “normal y corriente”, porque el significado de esta frase suele ser lamentable: que vamos a hacer “lo de siempre” (no parece importante), que todo va a seguir igual (imposible, porque nuestros alumnos serán todos diferentes), que no haremos nada nuevo... que nos aburriríamos, en definitiva, como el curso pasado. Pero sabemos que así no se educa. Y que no es la forma de empezar un nuevo curso. Educar es comunicarse con los demás, mejorar con los demás compartiendo experiencias. Y para que se produzca esa comunicación activa, ilusionada... es necesario el compromiso de todos.

Con ese convencimiento y esas ganas de avanzar, porque nos gusta nuestro trabajo y nos parece decisivo para cada niño o adolescente y, cómo no, para la sociedad, podemos iniciar un año académico con proyectos innovadores y con objetivos interesantes.

Sirvan estas primeras líneas como presentación de los temas que abordaremos durante este curso, preferentemente relacionados con el modelo de escuela, de sistema al fin, que creemos mejor para la educación de los ciudadanos futuros y que estamos comprometidos a alcanzar. Nos referimos al logro real de un centro inclusivo, para todas y para todos, con sus enriquecedoras diferencias, con sus distintos talentos, con sus intereses

y motivaciones diversas... que convierten la educación en un reto apasionante. Ya sabemos que siempre nuestros alumnos han sido diferentes unos de otros, pero una cosa es saberlo y otra asumirlo como docentes, lo que implica un trabajo personalizado (de jardinero -Stenhouse-, no de agricultor extensivo) y cuidadoso que atiende a sus requerimientos. No es posible pretender que todos sean iguales porque todos tienen 8 años. No. Cada

“Hay que saber reconocer lo mejor de cada estudiante, tener habilidad para que lo ponga en marcha con fuerza e ilusión”

alumno y cada alumna son únicos y así hay que considerarlos en el aula. El no tener en cuenta esta realidad es pretender que todos los miembros del grupo aprendan lo mismo, en el mismo tiempo y de la misma manera. Principio imposible por definición.

La escuela graduada, efectivamente, fue un gran avance para la mejora de la calidad de la enseñanza, facilitando la labor docente. Sin embargo, como profesionales no nos podemos engañar y pretender que los alumnos del grupo, por muy igual que sea su edad, vayan a reaccionar de idéntica forma ante cualquier planteamiento educativo. En estos momentos disponemos de conocimientos psicopedagógicos suficientes como para saber desenvolvernos ante las diferencias del

alumnado que, además, día a día, son mayores en nuestras aulas, ya que hay que añadir a los rasgos personales -también al género- los de carácter social, es decir, cultura, lengua, etnia, etc. Hay que saber reconocer lo mejor de cada estudiante, tener habilidad para conseguir que lo ponga en marcha con fuerza e ilusión y disponer de la madurez adecuada para ponderar y valorar si lo que va alcanzando está de acuerdo con su potencialidad inicial. Y, sobre todo, esperar lo mejor de ellos. “Siempre acabamos llegando adonde nos esperan” (Saramago): debiera ser un axioma para el docente. El nivel de expectativas que se deposita en la persona es un resorte para su funcionamiento en uno u otro sentido. Tenemos esa experiencia personal y también como educadores. Resulta fácil entusiasmar a un grupo en el trabajo escolar... tanto como desilusionarlo y hacerlo fracasar desde el primer día. Es algo que solo depende de la actitud docente: no de ratios, no de instalaciones, no de material didáctico... No. Pero sí de nuestro compromiso con la profesión educadora.

Como, además, la calidad educativa de la que tanto se habla es algo deseable para el conjunto de la población, hay que apostar por una escuela inclusiva en la que se ofrezca de verdad igualdad de oportunidades, y en la que seamos capaces de compartir educando lo mejor de cada integrante de la comunidad educativa. Haré una afirmación que puede resultar tajante: la escuela inclusiva es la única alternativa que ofrece educación



Mª ANTONIA CASANOVA
Inspectora Central de Educación

de calidad para una sociedad democrática en el siglo XXI. Si la escuela debe preparar para la vida y la vida es “diversa” en nuestro contexto, solo se formarán adecuadamente los futuros ciudadanos si esa diversidad ya está presente en la escuela. Si los diferentes tienen que convivir juntos, los diferentes deben educarse juntos.

Educación inclusiva de calidad será nuestra guía a lo largo de este curso. Hemos avanzado mucho, pero nos queda un largo camino por recorrer. “La calidad total es el mejoramiento progresivo, aun cuando no haya habido ningún fallo” (De Bono). Eso pretendemos. Que no haya fallos y que sigamos en los procesos de avance para todos, siendo conscientes de que la atención a la diversidad es el reto más importante que tiene planteada la educación en la actualidad si se quiere, realmente, alcanzar esa calidad dinámica, estimulante, que nos sirva de ítica, de referente utópico al que hay que llegar.